

intervenciones

otros artificios

El número 1

- **Instituciones y movimientos sociales en México**
- **Sobre los estudiantes universitarios de primer ingreso**

Septiembre de 2006

ÍNDICE

Advertencia	1
<i>Presentación al texto de instituciones</i>	2
México 2006: instituciones y movimiento social Tres tesis, una explicación y algunas perspectivas Hugo Contreras Sosa	3
La “solución” última del lópezobradorismo <i>Postscriptum</i> Hugo Contreras Sosa	9
“La teoría económica dinámica...” Robert Lucas	12
<i>Presentación a la carta a un estudiante...</i>	13
Carta a un estudiante que entra en la universidad C.R. Jáuregui	15
“Engels ha descrito del modo siguiente la doctrina...” Manuel Sacristán Luzón	24

f



Advertencia

*Dios mueve al jugador, y éste, la pieza.
¿Qué Dios detrás de Dios la trama empieza
de polvo y tiempo y sueño y agonías?*

Jorge Luis Borges
Ajedrez (fragmento)

otros artificios surge del natural debate de posiciones e ideas que, dentro de los terrenos de lo plausible, mantenemos los que integramos *intervenciones*. Recordemos que el objetivo inicial de *intervenciones* fue y sigue siendo impulsar la discusión en torno a la actual circunstancia en la Facultad de Economía —en específico la reforma al Plan de Estudios—, apuntalando su carácter científico con talante expresamente académico. Es por eso que *otros artificios* nace diferenciándose de *intervenciones* para discutir libremente temas que no concurren, al menos no de manera directa, en el debate de cambio de plan de estudios, a fin de evitar que todo su contenido pueda verse —con razón— como completamente ajeno a las intrínsecas preocupaciones de la Administración de la Facultad y de la comunidad universitaria en su conjunto.

Por las mismas motivaciones este esfuerzo, si bien se inscribe en el ámbito universitario, hace propia la distinción entre el papel que debe desempeñar una Casa de Estudios —que desarrolla docencia e investigación, que otorga títulos y grados— y lo que son las fuerzas económicas y políticas que se disputan la conducción de los cambios sociales en México y en el mundo, es decir, asumimos en todo su carácter dialéctico la enorme varianza del complejo vínculo entre política y Academia.

Finalmente, reivindicamos, de la misma manera que lo hicimos en la primera entrega de *intervenciones*, el debate por escrito sobre las coyunturas que se vienen presentando en la Universidad y en el país, debate que no ha sido, por desgracia, lo suficientemente rico y propositivo y que, por suerte, está también lejano de agotarse. Además, no por tratar asuntos que atañen a la dimensión política de la actividad social, en clave siempre plausibilista y nunca axiomática, *otros artificios* no será una publicación que carezca de un perfil de científicidad sino por el contrario: esa aspiración será parte intrínseca de su propia existencia. Por todo lo anterior, y por último, enfatizamos que no se trata de promover una posición acabada o irrefutable. Y mucho menos con nuestros magros haberes para dar respaldo financiero a esta nueva publicación. Lo mejor será, una y otra vez, la admisión del disentimiento razonado y de la diferencia enriquecedora. *f*

el colectivo responsable de *intervenciones*

Comentarios y correspondencia:
intervenciones@netscape.net

otros artificios también puede consultarse en:
http://mx.geocities.com/intervenciones_economia

Presentación al texto de instituciones

El lector tiene ante sí el documento que el profesor Hugo Contreras expuso en la conferencia “Instituciones, movimiento social y perspectivas en la crisis postelectoral”, convocada por la consejera universitaria estudiantil Paty Montiel y los consejeros técnicos estudiantiles Josafat Hernández y Juan Leobardo Vázquez y que se llevó a cabo en el auditorio Ho Chi Minh de la Facultad de Economía el 23 de agosto de 2006. Además del profesor Contreras y de los consejeros convocantes, estuvieron en la Mesa los profesores Alejandro Álvarez Béjar, Enrique Semo y Joaquín Vela. Los puntos a discusión sugeridos en la convocatoria fueron tres: 1) el papel que fungen y deben fungir las instituciones, 2) el movimiento social existente y 3) perspectivas para el futuro escenario económico, político y social del país. Como se puede leer en sus líneas introductorias, el documento del profesor Contreras recoge la opinión política de un académico de nuestra comunidad que enseña teoría macroeconómica moderna y que, para intervenir en esta coyuntura, se apega “a ciertas verdades elementales del marxismo clásico y a otras más del marxismo moderno –sobre todo al inspirado en la obra del filósofo español Manuel Sacristán Luzón–”. Como nosotros, el lector puede encontrar provechoso el estudio de las tesis, del diagnóstico y de las perspectivas que dan cuerpo a dicho punto de vista, y contrastar ante ellos, si es el caso, el punto de vista personal u otros de tipo más bien colectivo.

Advirtiendo que la gravedad de la convulsión que aqueja a la clase política nacional puede de hecho afectar los diferentes espacios en los que nosotros, universitarios, llevamos a cabo nuestras actividades cotidianas, señalamos que el análisis (entendido ampliamente, no sólo en su semántica técnico-científica) puede enriquecer, por su tono polémico, el conjunto de informaciones y controversias sobre el cual el observador (individual o grupal) se apoya para definir la plausibilidad de sus acciones en un entorno social no estático. Al atender una convicción de hacer público el debate por escrito, vaya este documento para divulgar un punto de vista con el que algunos de nosotros coincidimos, en lo general o en lo particular. Uno de los propósitos de dar a conocer este documento es el de reequilibrar el estado de la discusión en cierta izquierda universitaria que ha sido notoriamente acrítica con el lopezobradorismo y que, en no pocas ocasiones, suele confundir las escuelas y facultades con un partido político. Como siempre, la invitación a la discusión sin cortapisas y racionalmente articulada está abierta.

El profesor Contreras es miembro de la planta docente de la Facultad de Economía y de ordinario imparte cursos de licenciatura y de posgrado en el campo de la macroeconomía moderna, como arriba se dijo. Es responsable de la Sección Pesquisas de la revista *Economía Informa* y miembro del Comité Editorial de la misma, y el año pasado coordinaba la Especialización en Economía Monetaria del Programa Único de Especializaciones en Economía impartido en el Posgrado. Además de su actividad editorial, ha publicado un conjunto numeroso de artículos de investigación y de divulgación tanto en publicaciones universitarias como en no universitarias. Así, no es ésta la primera oportunidad en la que el profesor Contreras colabora por escrito con este colectivo. Ya en la segunda entrega de *intervenciones* publicó, en colaboración con Carlos A. López Morales, una exposición sobre el comunismo crítico de Manuel Sacristán. Le agradecemos su participación en este primer número de *otros artificios* e invitamos al lector, ahora sí, a leerla de punta a punta. *f*

México 2006: instituciones y movimiento social Tres tesis, una explicación y algunas perspectivas

Hugo Contreras Sosa

Agradezco a los consejeros estudiantiles de nuestra Facultad la invitación a esta Mesa, así como a las personas que forman parte de la misma y, sobre todo, al público que nos acompaña. Mi intervención no será desde el punto de vista de la teoría política estándar, es decir, será sin referencias a Michels o a Mosca, o a Von Hayek, o a los varios y grandes analistas políticos –muchos de ellos conservadores– que han hecho historia al delinear los contornos de la política como disciplina teórica, sino que será, más bien, desde el punto de vista de un simple académico que, cuando los cursos evolucionan bien, enseña equilibrios estocásticos de credibilidad macroeconómica o modelos matemáticos de reputación monetaria, pero que aquí tratará de apegarse a algunas verdades elementales del marxismo clásico y a otras más del marxismo moderno –sobre todo al inspirado en la obra del filósofo español Manuel Sacristán Luzón–.

Primera tesis

El sistema político mexicano, a nivel federal, está controlado por tres grandes formaciones políticas que todos conocemos: el PAN, el PRD y el PRI, y por un conjunto de partidos menores: Convergencia, el PT, el Partido Verde, Alternativa Socialdemócrata y Nueva Alianza. La cúspide de estos grupos opera, en los hechos, como una partidocracia que determina las normas y preceptos que rigen a muchas de las instituciones del país, tanto a nivel estatal como federal, maneja enormes recursos financieros, y es jurídica y políticamente imposible el acceso de ciudadanos ajenos a dicha cúspide a candidaturas independientes (candidaturas que en México, erróneamente, se han denominado candidaturas “ciudadanas”): sólo perteneciendo a esta *nomenklatura* o amparado por ella puede cualquier individuo plantearse en serio su participación en contiendas electorales.

En las últimas semanas uno de los miembros más destacados de la partidocracia, el Sr. López Obrador, ha mostrado su inconformidad por lo que, al parecer, será el fallo del Tribunal Electoral a favor de Felipe Calderón, un político que ha ido creciendo paulatinamente durante los últimos 10 meses hasta casi colocarse a las puertas de la Casa Presidencial, salvo por algún evento inesperado. La inconformidad del Sr. López Obrador se ha expresado de varias formas: en los tribunales –donde, repito, pareciera estar ya casi derrotado– y en las calles –atropellando derechos de terceros y buscando, con ello, una acción de fuerza del gobierno federal contra sus seguidores, ya sean éstos verdaderos o fruto del corporativismo perredista–. El Sr. López Obrador ha ido renegando también de casi todas las reglas que él y su grupo habían avalado, a las que llamaban “democráticas”, y ha colocado a cientos de sus seguidores en un estado de crispación. Ellos no cuestionan ninguna otra de las varias elecciones celebradas simultáneamente, y hay que decir que en muchas resultó ganadora su Coalición, y sí, en cambio, han abierto el proceso para elegir a sus líderes de fracción y tomar sus espacios en la Cámara de Diputados, en la Cámara de Senadores, en el gobierno del DF, en la Asamblea Legislativa, etc. Ahí donde ganaron no hubo fraude, con los mismos ciudadanos investidos de funcionarios de casilla. Puede afirmarse, entonces, que hasta hoy, en tanto los perredistas no expliquen ese comportamiento dual, la pugna únicamente por la Presidencia de la República será una pugna oportunista.

Todo lo anterior me permite sostener una primera tesis política: la disputa postelectoral perredista no es una lucha con credenciales en verdad democráticas sino una lucha al interior de la partidocracia. Al margen de que el único fraude hasta ahora demostrado es el de que iban a probar un gigantesco fraude, el PRD ha sido parte del proceso de construcción de todo el andamiaje de dicha partidocracia y, por eso, su disputa, siendo la disputa de uno de los progenitores del opulento mecanismo, lo cimbra. Pero la alegre complicidad de la dirigencia del PRD en este proceso unilateral, en el que se dejó al ciudadano sin partido en la cuneta, quizá no sea suficiente para obtener en las calles la Presidencia.

A fin de cuentas, sus interlocutores y adversarios también han erigido junto al propio PRD, hombro con hombro, este nuevo entramado de instituciones electorales.

Segunda tesis

Si observamos la situación postelectoral con una perspectiva marxista, que es también una perspectiva con intenciones de cientificidad, y no nos quedamos repitiendo de manera acrítica generalidades discursivamente útiles (los de abajo, la gente, primero los pobres, etc.), es decir, si le agregamos “análisis” en sentido marxista (que tiene poco que ver con la palabra “análisis” de la ciencia estándar) aparecerán las clases sociales, el trabajo asalariado, el capital, la división del trabajo, etc., y entonces quedará muy claro que ésta no es solamente una pugna de la partidocracia sino que es también, *sobre todo*, una pugna interburguesa que representa, como veremos, uno de los últimos grandes estertores de un cierto hacer político.

En efecto, si nos negamos a una reinterpretación forzada que eleve a “reflexiones” las numerosas incongruencias discursivas de cada una de las grandes formaciones políticas, veremos con claridad que todas, sin excepción, tienen el mismo punto de confluencia: no hay en ellas una propuesta al margen del orden capitalista, no hay subversión en el sentido de debilitar los cimientos económicos y políticos del régimen imperante o, siquiera, voluntad política documentada de que, a la primera oportunidad, se caminará en esa dirección. Y puede decirse que no la hay porque las ocasiones para virar hacia el anticapitalismo han hasta sobrado. Pero algunos movimientos sociales y partidos han elegido el discurso fácil de lo “anti-neoliberal”. El espantajo del neoliberalismo económico, un concepto sin contornos analíticos precisos que hace las veces de enemigo a modo para que siempre “ganen” los políticamente correctos, ha suplantado la larga tradición intelectual y política de la izquierda socialista y comunista a nivel internacional.

Hoy vemos en países como España o Chile el caminar de un tipo de izquierda, el caminar de la izquierda socialdemócrata, que reconoce su apuesta por las dos más importantes y sólidas instituciones del capitalismo: el Estado y el mercado, en combinaciones y énfasis diferentes a las que propone la derecha, pero son las mismas instituciones. Vemos regímenes de capitalismo de Estado, como Cuba o China, que tratan de mejorar su inserción sistémica sin debilitar a sus vetustas élites dirigentes, sean éstas el entorno familiar y de grupo del dictador cubano o la ahora exitosa gerontocracia china. Vemos en Brasil a un experimentado líder obrero gestionando el capitalismo con políticas anti-pobreza ampliamente celebradas por el FMI y por el Banco Mundial, debido a que se corrige “sólo aquello que está mal”; las intervenciones parciales, las reformas, convertidas en fin último.

¿Por qué todo ello tiene que verse como insatisfactorio desde un movimiento social con enfoque de izquierda marxista? Porque como acertadamente lo recordaba Manuel Sacristán, de quien ya he hablado aquí mismo —en otra ocasión— más o menos largamente, para Marx “no hay humanidad nueva en serio mientras haya mercancía”, porque donde hay mercancía hay alienación de la consciencia y del hacer de los individuos, y allí donde hay Estado, poder político, allí hay mal social, porque implica la persistencia de la división en clases sociales. Y la crítica de la persistencia de las clases es el ABC de la consciencia comunista. Por eso el socialismo de Marx busca mutar en comunismo, que es, hipotéticamente, la sociedad sin productos del trabajo convertidos en mercancía y sin seres humanos divididos en clases sociales.

Tercera tesis

La tercera tesis es que las pugnas interburguesas, bajo ciertas circunstancias, suelen tener como uno de sus rasgos el vaciamiento ético-político de sus cúpulas y un contagio negativo hacia los movimientos sociales por más contestatarios que éstos se crean, y ante eso es ante lo que estamos hoy en México. Vimos, primero con azoro, luego con naturalidad, el fluir bidireccional y multidireccional de cuadros dirigentes de un partido a otro, tal cual entre los demócratas y los republicanos estadounidenses, porque todos esos dirigentes son ya intercambiables. Como en las últimas páginas de la *Granja Animal* de Orwell, cuando se reúnen los dirigentes de la rebelión de los animales con sus

adversarios humanos: el activista animal de base, asomándose al interior por la ventana, al girar la cabeza de unos a otros se encuentra con que ya son, por decirlo rápido, los mismos. Porque no sólo se trata de políticos profesionales a la vieja usanza. Vimos en 1999 cómo el gobierno perredista de la Ciudad de México, el gobierno que con otros personajes al frente hoy corea el “voto por voto”, ordenaba a la policía bajo su mando golpear a estudiantes que defendían la gratuidad de la educación pública universitaria, y a intelectuales que se dicen de izquierda apoyar las golpizas.

El vaciamiento ético se expresa igualmente en ese movimiento social que bajo la consigna “voto por voto” es conducido políticamente, en los hechos, por el hombre que le escribió el himno oficial al PRI en Tabasco y es conducido estratégicamente, también en los hechos, por la poderosa corriente salinista del PRD, y se expresa cuando los del “voto por voto” corean felices junto a quienes en 1988 maquinaron y operaron contra Cuauhtémoc Cárdenas. Esa consigna es hoy una expresión de derrota para quienes en lo individual o al interior de movimientos sociales son testigos de que viejas y respetables luchadoras de los que habían sido movimientos sociales auténticos, minoritarios pero sin duda auténticos, participarán al inicio de septiembre en bancadas partidarias junto a individuos que muy poco antes habían sido acusados de las más negras prácticas electorales o, en el límite, hasta de autoría intelectual en el asesinato de sus militantes. Y entonces ya es mera *boutade*, un simpático rasgo de ingenio –mal visto sólo por “la derecha”–, el paquete de videos de sus militantes recibiendo entre sonrisas y acuerdos oscuros portafolios y bolsas de supermercado repletos de dinero.

Finalmente, hay vaciamiento ético-político en muchos intelectuales de izquierda que, a sabiendas de que el modelo de intervención política que hoy practica el perredismo no sólo no es de izquierda socialista sino que tiene en su cúspide el culto a la personalidad –uno de los rasgos más criticados del estalinismo y hoy también aplicado en Cuba por Castro Ruz y en Venezuela por Chávez–, a sabiendas de eso, digo, no se deslindan de ese torcimiento que anticipada y lúcidamente criticaran personalidades –esas sí de izquierda radical– como Rosa Luxemburg, Antón Pannekoek o Hermann Gorter.¹ Quizá pedir todo eso en lugar de la consigna democrático-burguesa del voto por voto sea mucho pedir. Y quizá una de las mayores tareas de los intelectuales de izquierda, la de discutir permanentemente y políticamente las modalidades de vigencia del pensamiento emancipatorio que antes se reivindicaba, la de discutir la plausibilidad científica de sus hipótesis generales y la materialidad política de su programa (siempre en construcción), sea mucho pedir, porque hoy la ética socialista estorba ante el “voto por voto”. Esa consigna electoral, partidocrática y burguesa, sintetiza muy bien la pelea que sí les interesa en la actualidad.

Antes de proponer una explicación de las tres tesis ya enunciadas, voy a resumirlas: primera, la disputa postelectoral es una disputa de la partidocracia; segunda, la disputa de la partidocracia tiene, desde un punto de vista marxista, un carácter burgués, y, tercera, en la etapa actual sus prácticas políticas a la vista están carcomidas por un vaciamiento ético.

Y ahora sí, paso a algo que me parece más importante, porque es un fenómeno más estructural, y que es *el por qué* de este deterioro de fuerzas –intelectuales y movimientos sociales– que venían, al menos en parte, de la izquierda socialista y comunista.

Una sucinta explicación

Bien. Yo lanzaría una explicación que reconoce su carácter de conjetura, pero de conjetura muy plausible hacia el futuro y embonable, según creo, con las tres tesis que hace un momento resumí sobre nuestra actualidad política. Va la explicación: está en curso un proceso de norteamericanización no sólo de la economía mexicana sino también de la política. Si uno grafica la tasa de crecimiento del producto interno bruto mexicano y la del producto manufacturero de Estados Unidos es muy fácil ver

¹ El intolerante pisoteo perredista del derecho a la disidencia frente al caudillo, por menor o matizada que dicha disidencia sea, ya lo sintieron algunos intelectuales que tuvieron la osadía de opinar diferente sobre el bloqueo de las carpas vacías al Paseo de la Reforma. El derecho a la disidencia en medio del culto a la personalidad no es más que otro de sus muchos embustes.

cómo se superponen ambos gráficos. No hacen falta métodos estadísticos o econométricos sofisticados para observar los comovimientos de ambas tasas o para saber cuál determina a cuál. Por cierto que al revés de quienes se imaginan que el capitalismo estadounidense está en crisis, su estabilidad es espectacular: la muy larga etapa expansiva por la que se mueve (que es la más larga de su historia estadística y que ha dado lugar a la hipótesis empírica de la Gran Moderación utilizando una Curva de Taylor como herramienta conceptual), esa espectacular expansión del capitalismo estadounidense, decía, facilita y machaca este efecto de arrastre.

A nivel político la norteamericanización significa que no sólo hay un desplazamiento de los partidos mayores hacia el centro del espectro político, y por eso en sus prácticas y métodos cada día se parecen más unos a otros, sino que ese centro es un centro político cualitativamente nuevo: situado mucho más a la derecha que el anterior. ¿Debido a qué? Debido a que ese proceso de norteamericanización de la política mexicana se traduce en la conformación de un consenso básico, fundamental, entre los sujetos colectivos que controlan el sistema político, y dicho consenso no es otro que el alineamiento con el capitalismo: los matices podrán variar pero no se tratará nunca de una ruptura sistémica o anticapitalista sino, a lo sumo, “de lucha democrática”, entendiendo por ello la pugna electoral. No más izquierdas en serio, de las de antes, ¿para qué?

Y he aquí el punto de engarce entre economía y política, entre lo micro y lo macro de esta explicación tentativa. Nos quedaríamos con el pragmatismo más ramplón, ya a la vista, si no presentásemos el sentido de las acciones, la consideración intencional que evocara siempre la tradición metodológica historicista (luego corregida y ampliada con fundamentación naturalista en Frederick Engels, en Marx, en Ludwig Von Mises y en varios más). Dicho en un lenguaje de economistas, esto es, dicho técnicamente, habrá una substitución intertemporal de expectativas: desde las que operan con algoritmos que minimizan gradualmente el error de pronóstico hasta las que constituyen un axioma de coherencia para la modelación estándar en términos probabilísticos determinando las decisiones presentes al incorporar el futuro, esto es, el precepto central de la nueva macroeconomía teórica y de sus largas consecuencias normativas y aplicadas (“aplicadas” se circunscribe aquí, en este contexto, a la econometría de series de tiempo).

O en un léxico menos abstruso: hacia el mediano y largo plazos, tendencialmente, los agentes adaptativos que son los políticos tradicionales –y me refiero a *toda* la clase política– se verán obligados, por la fuerza del sistema, a cambiar sus patrones de comportamiento al interactuar con los agentes racionales que son los empresarios, sobre todo los más grandes, los más internacionalizados y dinámicos, es decir, los que ya están en la lógica implacable de la norteamericanización. Por eso, desde el punto de vista del capital, los políticos serán cada vez más intercambiables de un partido a otro. Las instituciones seguirán rediseñándose y afinándose en el sentido de las políticas macro que postulan los más altos exponentes del mercado y que preveía con severa preocupación James Tobin hace dos décadas: “los arquitectos de [tales] políticas probablemente no lean a los profesores [Robert] Lucas, [Thomas] Sargent, [Robert] Barro y otros apóstoles de la nueva macroeconomía clásica; estos nuevos monetaristas [aquí hay un error de Tobin, porque lo que él creía que era sólo monetarismo “tipo 2”, o sea, monetarismo más matematizado, no era tal: el vínculo analítico más ostensible entre ambas corrientes estaba en la hipótesis de la tasa natural de desempleo, sí, pero sin duda había también otras cosas a la vista] no son evangelistas tan populares como [Milton] Friedman. Pero el espíritu de sus ideas está en el aire”.²

En efecto, hoy lo vemos en la aplicación del postulado de independencia al Banco de México, lo vemos en la nueva importancia de las expectativas y de la credibilidad ya no sólo en economía –como hace

2 Leonard Rapping subrayó, hace 16 años, una diferencia entre las dos vertientes de liberalismo representadas por Milton Friedman (el liberalismo más o menos típico) y por Frederick von Hayek (el liberalismo radical), por un lado, y la de Lucas, Sargent y el resto de los nuevos clásicos, por otro: “a un lado de sus contribuciones a la teoría económica, Friedman y Hayek escribieron poderosas defensas del capitalismo como sistema que promueve la democracia liberal y la libertad individual. Esto atrajo a sus ideas a muchos adherentes fuera del campo de la teoría económica. Los nuevos clásicos no tienen una agenda tal. Ellos operan en el mundo rarificado de la teoría económica y de la exposición matemática”. Al respecto puede verse “Expectativas racionales y estabilización”, que publiqué en la revista Política y cultura año 2 núm. 3, en la primavera de 1994, editada por la uam-Xochimilco.

años sucede— sino también en el análisis político, lo vemos en los principios de rendición de cuentas y de transparencia que van, quizá con lentitud, pero, repito, que van vertebrando las instituciones de la vida pública mexicana. Todo eso se originó en el viraje hacia un capitalismo mexicano menos latinoamericanizado y más norteamericanizado. La generalización de un capitalismo más pleno, menos *crony capitalism* o capitalismo de compadres, como dicen los economistas anglosajones, la padece hoy la familia presidencial porque, tal cual sucede en aquellos lares, aquí también ya es posible que se les investigue y cuestione públicamente. La política oficial de México, o, mejor aún, el conjunto de la vida institucional de México, está entrando a esta nueva etapa.

Perspectivas

Ante esta situación, las perspectivas pueden ser muchas pero yo elijo destacar las siguientes. Como ya dije algo acerca de las perspectivas del rediseño institucional en curso, me voy a limitar a dos aspectos: hacia dónde marcharán las tres tesis presentadas, por una parte, y cuáles podrían ser las perspectivas de los movimientos sociales contestatarios, una vez pasado el grandilocuente y pueril calambre del “voto por voto”.

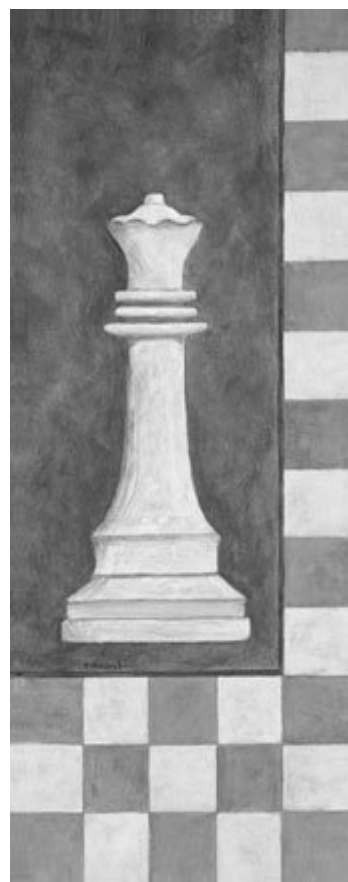
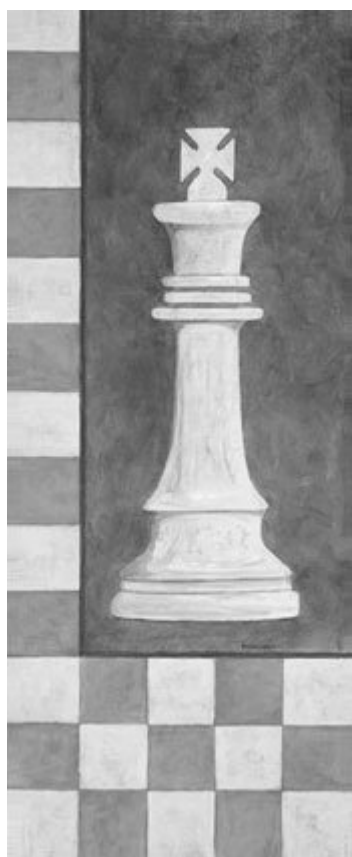
Va lo primero. Al margen de la forma como evolucione en el corto plazo la disputa de López Obrador, la partidocracia a la que él mismo pertenece seguirá desplazándose hacia el nuevo “centro” del nuevo espectro político. Seguirá la cerrazón de la partidocracia hacia la participación electoral de los ciudadanos no sujetos a su régimen de interacción política y, sobre todo, su carácter burgués se profundizará, sin importar la multiplicación o no de programas sociales que mitiguen los aspectos más peligrosos o lacerantes del capitalismo mexicano. Esta adecuación va a provocar un doble movimiento de mediano plazo: por un lado, un menor peso de los caudillos y un mayor peso de las instituciones electorales, con reformas o sin ellas, y, por otro, una adecuación paulatina de la clase política a un ciclo propiamente burgués de economía con capitalismo más desarrollado. Las expectativas adaptativas de la élite de la clase política se convertirán, en algún momento, en expectativas racionales, como las de la clase empresarial más globalizada.

Va lo segundo y termino. A nivel de los movimientos sociales, las viejas formas de intervención medianamente exitosas —marchas, plantones, bloqueos, etc.— seguirán mostrando, como ahora mismo, señales de agotamiento, en la medida en que su eje articulador, el caudillo, persista. Es muy probable que, al igual que quienes desde el Sur del país se peleaban no hace mucho con el Supremo Gobierno —un Supremo Gobierno que se demostró inexistente cuando los diputados perredistas rechazaron la Ley Indígena enviada por Fox al Congreso, es decir, cuando los “sureños” se enteraron de que ya había división constitucional de los poderes federales—, los que ahora entonan el himno del voto por voto mañana se dividan. Los habrá institucionales, los habrá moderados, la habrá más acelerados y dispuestos a la acción directa, pero todos ellos, con curules o con fusiles, seguirán lejos del viejo sujeto social revolucionario que, en tiempos de Marx, podía decirse con seguridad que lo era el proletariado industrial.

Hoy la crisis ecológica, la nueva revolución de las fuerzas productivas y el pasmoso salto cualitativo de la capacidad bélica de lo que antes era “el enemigo” rebasa con mucho lo que conocieron los clásicos del comunismo científico. Cuando surgió el fusil de repetición y las calles comenzaron a trazarse en línea recta y a hacerse más anchas Engels, cuyo apodo cariñoso era “el general”, dejó escritas reflexiones sobre los problemas de la acción directa, de la violencia como supuesta partera de la historia. Su difícil conclusión, y digo difícil porque Engels era tan partidario del asunto que favorecía el servicio militar para que el pueblo aprendiera a manejar las armas, su conclusión fue que la era de las insurrecciones populares urbanas había fenecido. Y sólo se trataba del fusil de cinco cartuchos, no de los ahora “obsoletos” misiles balísticos intercontinentales. Por eso Manuel Sacristán hablaba de “fuerzas productivo-destructivas”. Pues bien, cosa muy similar ocurre con la consideración socialista y comunista de problemas como el ecológico. Pero no voy ya a extenderme en eso.

Mi planteamiento final en cuanto a los movimientos sociales contestatarios que se tomen en serio a sí mismos, es decir, los que se interesen por el comunismo de fundamentación marxista, aunque pudiera

parecer subido de tono, es muy básico y lo retomo citando literalmente a Manuel Sacristán: “La orientación general de un comunismo marxista tiene que consistir hoy en la reafirmación de la voluntad revolucionaria (sin la cual no sería una orientación comunista) y en el intento de conocer con honradez científica la situación (sin lo cual no sería una orientación marxista). Lo primero que hace falta para articular esa orientación (...) es una consciencia autocrítica del fracaso o el error de las previsiones de 1917-1919, e incluso de la literalidad de la perspectiva marxiana. Hay que saber y reconocer, con la libertad de vanidades y dogmatismos imprescindible para pensar científicamente, que las «condiciones materiales» contempladas en el esquema marxista, desde el siglo XIX, como presupuestos de la revolución proletaria se cumplieron hace ya mucho tiempo, y que por ese lado no hay que esperar nada, ninguna «etapa» que aún hubiera que cubrir por causas objetivas o materiales. Las «condiciones materiales» presupuestas por la tradición marxista se han realizado con una abundancia que Marx no había ni imaginado; la sociedad anónima o «el capital por acciones», que según Marx «muta en comunismo», se ha quedado hasta anticuado, y, sin embargo, no ha habido revolución social.” Allí se identifica la tarea teórica y política verdadera de los movimientos sociales que se interesan por llegar al fondo, abriéndose al ecologismo y a otras perspectivas potencialmente anticapitalistas. Y, como decía Sacristán, “[t]odas esas cosas se tienen que decir muy en serio. La risa viene luego, cuando se compara la tarea necesaria con las fuerzas disponibles”. *f*



La “solución” última del lópezobradorismo *Postscriptum*

Hugo Contreras Sosa

El lunes 28 de agosto el Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación resolvió 375 juicios de inconformidad, y los saldos más probables del nuevo recuento fueron leídos por los dos actores políticos principales. Felipe Calderón sostuvo que “fue un análisis concienzudo y apegado a la ley” y Andrés López Obrador aseveró que el fallo “abre el camino a un usurpador”. Con lo que resulta obvia la razón por la cual el ex jefe de gobierno del DF se retiró muy temprano la noche del 2 de julio (¿la “depre” pequenoburguesa?), y fingió no escuchar la invitación abierta de Calderón para confrontar acta por acta de manera pública.¹ Se esclarece también por qué la Coalición no solicitó en lo jurídico el “voto por voto” que enarboló en lo político: siempre supieron de su derrota, siempre supieron que no existió fraude electoral alguno. Por eso los malabares del fraude electrónico, del fraude a la antigüita, y demás maniobras de distracción. Y muy pronto comenzó a fraguarse el camino a seguir: presionar a las instancias electorales para anular la elección. Habiendo fracasado este camino en el caso del Instituto Federal Electoral, y una vez visto el lunes 28 que el chantaje al Tribunal no funcionará, se ha abierto, para los lópezobradoristas, la “solución” última: desestabilizar las instituciones a fin de promover la ingobernabilidad a nivel federal, hasta hacer caer al casi seguro presidente de la república Felipe Calderón Hinojosa.

Podría decirse, con sus matices, que se trata de una estrategia que no es nueva. Se trataría, puesto en unas cuantas palabras, de una suerte de “bolivianización” del proceso político mexicano. Una vez logrado el objetivo de desprestigiar entre sus seguidores más fervientes a las instituciones electorales por no haber cedido a sus caprichos, para el lópezobradorismo será menester obstaculizar cada una de las actividades que dan sentido y legitimidad a quien ocupa la silla presidencial y a quien la ocupará, se intentará fomentar la idea de que su propia crispación lo es no sólo de la clase política sino de la sociedad mexicana toda, se forzará al poder ejecutivo federal al uso más o menos selectivo pero continuo de la fuerza pública a fin de victimizar sus movilizaciones, se llevarán a cabo actos llamativos que los mantengan en la atención de los grandes medios de comunicación, se realizarán y cumplirán amenazas diversas, en una palabra: con el acompañamiento desde dentro, en las propias instituciones, del Caballo de Troya de su bancada congresual, se tratará de cercar —con agravios ostensibles y crecientes— a la cúspide del poder ejecutivo federal hasta obligarla a usar masivamente la fuerza pública o dimitir. Ese tendrá que ser el dilema de Felipe Calderón, en esta óptica. Si con todo eso no provocan una crisis económica (depreciación monetaria, inflación, desplome bursátil, etc.), si “sólo” consiguen orillar al uso masivo de la fuerza, podrán elevar la apuesta: más agresiones, más escándalo; escalar el conflicto, hasta hacerlo estallar en una verdadera crisis de gobernabilidad.

¿Cuáles son los límites de esta estrategia de “mientras peor, mejor”, ya muy practicada en países de América del Sur? Los límites internos tienen que ver, en primera instancia, con el nivel de desarrollo institucional de la sociedad mexicana. A diferencia de Bolivia, por ejemplo, las instituciones electorales mexicanas están construidas de manera que, incluso ahora mismo, en medio de la andanada, gozan de prestigio y no son fáciles de derribar sin detalladas propuestas alternativas. El probable cambio de sus directivos y las probables reformas a su mecánica operativa no pueden plantearse, sin más ni más, como salidas menos preferidas que su derribo dizque revolucionario. Lo mismo pasa con la estructura de clases sociales en que se sostiene la acumulación de capital en México: a diferencia de Bolivia, México tiene una clase media y una burguesía mucho más amplias y poderosas cuyos consensos políticos y simbólicos se expresan en medios de comunicación internacionalizados (no sólo se trata del sur de Estados Unidos: en la propia Bolivia una parte no desdeñable de su programación televisiva, durante muchos años, ha sido alimentada desde México). No es ésta una nación indígena controlada

¹ Cabe enfatizar que el Constructor de Segundos Pisos no se expuso a una revisión “peso por peso, partida por partida”: la información financiera al respecto quedó sepultada, por razones que él sabrá, durante una docena de años, porque la transparencia puede desnudar también a los caudillos.

por minorías de raza “blanca”, a las que haya que “extirpar”, sino un país mayoritariamente mestizo donde las reacciones meramente “étnicas” tienen características muchísimo más limitadas cultural y espacialmente.²

A nivel económico, y aquí comienzan los límites externos a la estrategia, los vínculos de México son los de una economía abierta, comercial y financieramente hablando, por lo que un sinnúmero de contratos internacionales traslapados (dando sentido foráneo al enfoque doméstico que desarrollaron hace ya tiempo los nuevos keynesianos) activan un efecto de inercia que da continuidad ineluctable a los negocios y que, nítidamente, debilitan la intentona golpista de López Obrador, intentona que no apunta al socialismo como horizonte político y cultural para construir al “hombre nuevo”, como antes –con rica poética y con indudable imprecisión– se decía, no apunta a que emerja una nueva sensibilidad moral colectiva de cariz igualitario y anticapitalista, no va hacia la reforma intelectual y moral que formulara Antonio Gramsci, sino al prosaico “quítate tú pa’ ponerme yo” en un capitalismo retóricamente redistribuidor del ingreso. La intersección de este factor inercial con los porcentajes de las votaciones empeoran la precaria legitimidad del lópezbadorismo: a) cuatro de cada diez mexicanos empadronados no se presentaron en las casillas, b) menos del 35% restante habría votado por López Obrador, c) si ese 35% se compara contra el padrón, sólo 21% de los empadronados votó por López Obrador, es decir, casi 8 de cada 10 empadronados no se interesó por él o por su propuesta electoral. Mientras lo primero afecta a toda la partidocracia y lo segundo a los dos punteros, ¿cuál es el saldo para el ex jefe de Gobierno del DF? Se desploma la mentira de que el pueblo “está conmigo”.

Límites externos al golpismo de la Coalición pueden verse también en lo político: la proyección internacional de México no es tan mala como parece, tanto en materia de derechos humanos como en el ya casi unánime rechazo a la conducta de López Obrador en la prensa mundial que ha ido siguiendo el asunto, por lo que esos apoyos se activarían. Su repercusión en términos de seguridad nacional, en cambio, sí puede ser muy seria, porque entre la algarabía perredista-petista-convergente, detrás del escándalo político-electoral del PRD y sus aliados, e incluso desde mucho antes, se multiplican los desafíos de los productores y traficantes de estupefacientes al monopolio de la violencia legítima del Estado mexicano. El movimiento a favor del derribo de las instituciones electorales de la democracia representativa, a favor de la ingobernabilidad, aunque no lo sepa –o quizá sí lo sepa y no lo reconozca–, apuntala el clima de inestabilidad en que se mueven quienes –con granadas de fragmentación y demás artefactos que tendrían que ser de uso sólo oficial– desafían desde la ilegalidad al gobierno constitucionalmente instituido.

Por eso, si el 16 de septiembre los diputados perredistas-petistas-convergentes se enfrentan con la Policía Federal Preventiva o con el Estado Mayor Presidencial, si luego la Comisión Nacional de Derechos Humanos recibe y atiende numerosas y “justas” demandas perredistas, o si se dan los nombramientos de Presidente de la República No Simulada, Reina de la Primavera del Pueblo o Verdadera Señorita Cometa es cosa ya irrelevante, instrumental en sí misma. ¿En qué estriba, entonces, lo medular? Estriba, entre toda la alharaca, en tener presente la apuesta de fondo: “bolivianizar” el proceso político mexicano, en el sentido arriba expuesto, por encima de los votos, de las reglas, de las instituciones, de los nombramientos mismos, de lo que sea. Este proceder ha dado lugar, entre otras, a dos lecturas del significado concreto que tiene el ser “de izquierda” hoy. Una de ellas afirma que el lópezbadorismo agrupa a una izquierda no democrática, sino totalitaria o “marxista”; la otra lectura sostiene que no importa su vaciamiento ético, que hay que participar con el lópezbadorismo a fin de rebasarlo, *de facto*, por la izquierda.³

Debido al espacio asignado a este *Postscriptum* van, al respecto, dos apuntes telegráficos. La primera lectura es simplemente falsa, porque el totalitarismo “de izquierda” más cruento y conocido, el estalinismo, sólo con falsedades groseras o argumentaciones paralógicas podría suponerse como

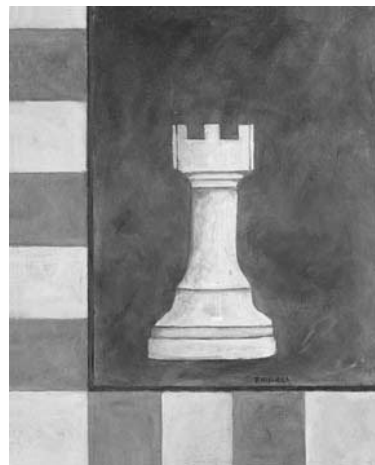
² Si bien no resolvió la cuestión indígena, la Revolución Mexicana de 1910 jugó un papel clave en la conformación de esta mayor apertura social, al menos si contrastamos la situación autóctona con la de países de América del Sur.

³ Otras dos variantes interpretativas, no analizadas aquí pero crecientes en el espectro de medios escritos, califican al movimiento de la Coalición ya sea como populismo, ya sea como una modalidad de fascismo.

heredero de la idealidad comunista marxengelsiana: no hay, en el reino de la razón no demostrativa, univocidad entre una teoría y una única práctica política. La segunda lectura es más bien ingenua, y corresponde a la perspectiva más o menos grupuscular que intenta, voluntaristamente y haciendo como que olvida los palos perredistas al movimiento estudiantil en 1999, dar testimonio (un pobre testimonio, por subalterno) de su combatividad. Creer que se puede, desde dentro y desde abajo, modificar la orientación política del lópezbradorismo no es más que un condicional contrafáctico, al menos con lo vivido hasta el día de hoy. Ni la tergiversación ni las ilusiones heroicas son vías que esclarezcan, en aquél caso, o debiliten, en éste, la “solución” última del lópezbradorismo.⁴

Uno de los elementos simbólicos de dicha “solución”, la dramatización extrema (hasta caer en lo fársico) de cada acto del caudillo y de sus huestes, forma parte de la pinza interna que paraliza las tendencias centrífugas y activa las centrípetas. La motivación de este doble juego está en seguir construyendo su maximato al interior del PRD y, si se puede, de la Coalición misma. Dar un sentido “histórico” a cada atropello contra la democracia representativa, por más partidocrática que ella sea, es parte de esa tendencia. Pero hace ya más de medio siglo el crítico literario Cesare Pavese, vinculado al ahora extinto Partido Comunista Italiano en horas aciagas, rechazaba el abuso de “lo histórico”: “esta manía de ver en todo acontecimientos *históricos*, estas actitudes monumentales” desemboca o desembocan en la tendencia a “escuchar en cada rebuzno de burro la campanada del futuro”. El problema es que, en este caso, ni siquiera esta tendencia es auténtica, sino mero fingimiento, un simbolismo político sólo traducible por arriba, para uso de los dirigentes coalicionistas, un simbolismo en clave que no dice a los militantes de base lo que en realidad persigue. Tampoco hay, entonces, sinceridad en lo simbólico, porque sentido histórico sí tienen, ciertamente, los intereses de las clases sociales cuyo choque, más crudo o más laberíntico, define el rumbo de las sociedades.

Ante todo ello, ante la gran falsedad conceptual y política de que la Coalición –a pesar de sus interminables mentiras– representa una posición de izquierda atendible desde el marxismo, quizá sea más conveniente para la reconstitución de la consciencia socialista y de sus prácticas posibles volver a pensar, desde sus fundamentos mismos, la tradición de la que proviene, aprender de sus errores, a fin de orientar con cautela su proceder ante un mundo del que ignora tanto. Hay que reconocerlo abiertamente, como es propio de la mejor tradición socialista: desde sus primeros escritos Marx ubica a la ideología, a la falsa consciencia, como objeto de su crítica. Y si es verdad, como aquí se ha sugerido, que el lópezbradorismo, en contraste, no dice realmente lo que quiere, que es ideológico, simplemente hay que oponerle con firmeza aquella idea del filósofo marxista español Manuel Sacristán: “[l]os intereses históricos, los intereses de clase, se asumen y se sirven diciendo la verdad”. *f*



4 La idea de desestabilizar las instituciones, por lo demás, tiene referentes intelectuales más interesantes que los choques políticos sudamericanos. Durante los años sesenta del siglo xx el neoanarquismo alemán había pasado de la vieja “propaganda con hechos” a la nueva “ilustración mediante la acción”. Y la “desestabilización de las instituciones” era uno de sus puntales en ambos casos. Ahora bien, lo supieran o no los jóvenes neoanarquistas, la sociología conservadora gehleniana, que en algún momento polemizó con el pensamiento de Theodor Adorno, estaba en el origen mismo del concepto. La crítica de todos ellos desde un posicionamiento marxista se debe a Wolfgang Harich en 1969, pero llegaría a la lengua castellana dos décadas después, hasta el cierre de los años ochenta.

La teoría económica dinámica –hablo de teoría en el sentido de modelos que pueden expresarse por escrito y con los que se puede hacer algo, no en el sentido de “opinión” o “creencia”– ha sido completamente reinventada en los últimos cuarenta años. Ahora es totalmente rutinario analizar cómo los agentes económicos operan a lo largo del tiempo en un contexto probabilístico complejo, comerciando con un nutrido conjunto de valores contingentes, y estudiar a tales agentes situados en economías con una gran variedad de tecnologías, estructuras de información y perturbaciones estocásticas posibles. Mientras que Keynes y los restantes fundadores de lo que ahora llamamos “macroeconomía” tenían que confiar en el ingenio marshalliano para entresacar alguna conclusión dinámica útil de la teoría puramente estática, el teórico moderno está mucho mejor equipado para formular exactamente el problema que desea estudiar, y a continuación estudiarlo.

Esta nueva capacidad para incorporar elementos dinámicos y probabilísticos a la teoría económica, con el mismo nivel de rigor con el que estudiamos el problema de un agente económico que realiza una elección en un momento dado con precios predeterminados, ya ha tenido una influencia profunda y permanente sobre prácticamente todas las ramas de la economía aplicada.

(...)

En términos generales, el problema de la macroeconomía –en realidad, de toda la economía aplicada– es pasar de observaciones no experimentales sobre el comportamiento en el pasado de la economía a inferencias acerca de su comportamiento futuro bajo supuestos alternativos sobre la manera en que se dirige la política económica. Por lo tanto, y por lo que respecta a los modelos, necesitamos uno que se ajuste a los datos históricos y con el que se pueda simular para obtener estimaciones confiables de los efectos de diferentes políticas sobre el comportamiento futuro de los agentes económicos. Pero, ¿qué datos? ¿Qué entendemos por ajustarse? ¿En qué circunstancias serán fiables simulaciones concretas? Estas cuestiones son difíciles, más difíciles y más discutidas de lo que comúnmente se piensa, y no hay nada más peligroso que la ilusión de que basta con el “sentido común” para responderlas adecuadamente. Creo que sería conveniente considerar estas cuestiones de forma muy general antes de volver al problema de la construcción de modelos operacionales específicos.

Un modelo útil, para comenzar por el final, tiene que proporcionar una descripción explícita de la forma en que la economía evoluciona a lo largo del tiempo. Nos interesa considerar sistemas sometidos a perturbaciones estocásticas...*f*

Robert Lucas, 1987.

Presentación a la carta a un estudiante...

El ingreso a la universidad es uno de los eventos más importantes en la vida de quienes tienen acceso a la educación superior. También representa un hecho trascendente para la misma institución universitaria, pues sus aulas y pasillos se verán ocupados por una nueva generación de quienes son el objetivo humano de su actividad cotidiana. Para nosotros, el ingreso de nuevos universitarios tampoco pasa desapercibido. En este primer número de *otros artificios* reproducimos la “Carta a un estudiante que entra a la Universidad” que Juan Ramón Capella publicara, bajo el pseudónimo de C.R. Jáuregui, en el número 32 de la revista española *mientras tanto* en el octubre de 1987. Al mismo tiempo damos con ella la bienvenida a la nueva generación de universitarios de esta Facultad, el objetivo de su reproducción es ofrecer una serie de reflexiones sobre la trascendencia de su ingreso desde la perspectiva del estudiante.

Además, el momento político que caracteriza a la sociedad mexicana puede operar como un factor adicional de motivación para los nuevos estudiantes en al menos dos sentidos: puede alimentar la intención de apropiárselo intelectualmente de modo racional, es decir, basarse en la ciencia social para ofrecer explicaciones analíticas de su devenir; y puede, también, alimentar la intención de intervenir en el entramado social desde una nueva plataforma, por decirlo así: intervenir en él como universitario. Es por ello que este colectivo ofrece, con la reproducción de esta “Carta...”, una interpretación dirigida a los nuevos estudiantes sobre el papel que juega la institución universitaria en la sociedad capitalista. Si con ella el estudiante logra hacerse de una primera visión del asunto, y si se motiva a enriquecerla y consolidarla, este documento habrá cumplido sobradamente su meta.

El nuevo universitario podrá escuchar muchas veces, a partir de ahora, que la universidad es la casa de la democracia, es sinónimo de la pluralidad, de la libertad, de la “universalidad”, para acabar pronto. Si así ocurriera, estará escuchando una posición liberal que, ante la fragmentación de la sociedad y del conocimiento característica del capitalismo, busca recomponer la “multiversidad” del individuo; posición que busca integrar, diría Ortega y Gasset, lo que anda hecho pedazos en el mundo. Pero no es ése el papel de la universidad en una sociedad capitalista. Al menos no el principal. No tiene entre sus escuelas la “Facultad de la Cultura” para cumplir el programa orteguiano. En cambio, tanto existen las facultades de ciencias duras y sus aplicaciones cuanto las de ciencias sociales y de humanidades. Es por ello que, para decirlo con las palabras de Manuel Sacristán, la “principal función de la universidad desde el punto de vista de la lucha de clases es tradicionalmente la producción de hegemonía mediante la formación de una *élite* y la formulación de unos criterios de cultura, comportamiento, distinción, prestigio, etc.”

Por tanto, en el esquema sacristaniano, la difusión de la cultura se configura como “medio de producción inmediato” de hegemonía, que bien puede conservar la división clasista del trabajo característica de las sociedades capitalistas: “Las ciencias y los oficios son, vistos abstractamente, herramientas para *la administración de las cosas*; la hegemonía, en cambio, es un instrumento que organiza la interiorización del *poder sobre los hombres*.” El mismo C.R. Jáuregui ejemplifica lo anterior en la “Carta...” al decir que el enriquecimiento del lenguaje propio de la actividad académica, y que se deriva del consumo de bienes culturales que se distribuyen en una minoría de la sociedad, integran al estudiante en la jerarquía social. Como sea, si el lector ha encontrado interesante lo anterior, y si encuentra de igual modo estimulante el texto que se reproduce enseguida, le sugerimos la lectura de la glosa titulada “Sobre «La Universidad y la división del trabajo» de Manuel Sacristán” publicada en el segundo número de *intervenciones*, y con ella abundar un poco más en el tema.

Conviene aclarar que no es la primera vez que se reproduce en nuestra comunidad la “Carta...” para dar la bienvenida a los nuevos estudiantes. Hace varios años se incluyó en el número uno de la revista *Ciencia y Crítica. Cuadernos de economía*, en la que algunos de nosotros participábamos formando el colectivo editorial. Como siempre, la invitación al debate por escrito está abierta, por lo que serán bienvenidos comentarios o sugerencias sobre éste u otros textos aquí publicados. Antes de pasar a la carta propiamente dicha, resulta pertinente incluir a continuación algunos datos biográficos de su autor.

Nacido en Barcelona en 1939, Juan Ramón Capella ha sido director del Departamento de Teoría Sociológica, Filosofía del Derecho y Metodología de las Ciencias Sociales de la Universidad de Barcelona. Además de cultivar en cursos o en publicaciones la filosofía del derecho, ha traducido al castellano a autores como Antonio Gramsci, Bertrand Russell o Cornelius Castoriadis y ha sido, durante años, miembro del comité editorial de la revista *mientras tanto*, que fundara en 1979 Manuel Sacristán con Giulia Adinolfi, su compañera. En el verano de 2005 publicó un libro titulado *La práctica de Manuel Sacristán. Una biografía política* en el que logra de buen modo el objetivo de ofrecer eso: una biografía política del filósofo español —y también una historia de los movimientos de izquierda en España—. Capella advierte al lector de dicho libro que en muchos de sus pasajes trasciende una visión personal sobre Sacristán y su obra, muy determinada, diríamos, por la vida misma, pues compartieron tanto los papeles de maestro y de alumno como una rica amistad. El libro ha sido muy bien recibido entre quienes aún después de conmemorarse el vigésimo aniversario de su muerte conocen, estudian y difunden la obra de Manuel Sacristán. *f*

otros artíficios



Carta a un estudiante que entra en la universidad

C.R. Jáuregui

Estás en la universidad y no toda la gente de tu edad, ni mucho menos, está ahí. Adivinas que tras este comienzo se agazapa un razonamiento moral. Efectivamente. No creo que te hayan acondicionado tanto que no soportes reflexionar sobre cuestiones de principio, aunque convengo en que hay mucha miseria e hipocresía en el habla pseudomoral corriente.

Pero volvamos al hecho de que no toda la gente de tu edad estudia en la universidad. Tú ya has pensado en ello. En realidad has pensado varias veces algo parecido. Ya sabías, al salir de tu casa, que había otros chicos o chicas que no eran como tú, sino más pobres o en algún sentido más castigados por la vida (si me permites la expresión). ¿Puedes recordar la primera vez que lo pensaste con claridad?

Te contaré la mía. Yo conocía, muy niño, la existencia en torno a mí de la miseria. Nací después de una guerra, y las gentes mostraban en la calle sus frescas huellas: mutilados, miserables, personas que vivían en cuevas (sobre las que hoy se alzan acristalados edificios). Pero la miseria de verdad la vi en la escuela. Me habían enviado a un colegio privado en un barrio elegante, con inmensos jardines, edificios falsogóticos de soleadas aulas y muchos patios e instalaciones. Y en un pabellón aparte, al que llamaban “la gratuita”, daban clase a muchachos muy distintos de mis compañeros y de mí mismo: flacos, con el pelo enteramente rapado (lo que les daba un inevitable aspecto de huérfanos), usaban una bata distinta de la nuestra. Teníamos prohibido hablar con ellos y no era infrecuente ver que les pegaban.

Mi primera conclusión fue esta: por nada del mundo querría ser uno de ellos.

Me costó algún tiempo comprender que pertenecer o no a su grupo era cosa enteramente aleatoria. Salvo que uno acepte la suposición de que el mundo está gobernado por un dios subnormal o maligno, hay que concluir que un chico de siete u ocho años nada puede haber hecho para merecer ser incluido en cualquiera de las dos categorías que las batas, el rapado y los malos tratos diferenciaban tan nítidamente ante mí.

Tu primera impresión probablemente será distinta pero dudo que menos viva. Trabrar conocimiento con las diferencias sociales es tan importante como hacerlo con la muerte y la enfermedad que la prefigura.

Aunque viviéndose de maneras en general diversas, la enfermedad y la muerte afectan a todo el mundo. Tengo que entrar en este asunto porque quizás entierres la cabeza ante el hecho terrorífico de las diferencias sociales dándoles, como aquéllas, por inevitables. Lo cual dista mucho de ser cierto. A poco que tengas conocimientos de historia o antropología sabrás de comunidades en cuyo interior no ha existido desigualdad reproducida socialmente como entre nosotros. Por otro lado, la existencia de enfermos no es causa de que haya gente sana, mientras que entre pobres y ricos es posible percibir la existencia de una compleja y laberíntica relación de causalidad.

Sobre esta relación de causalidad te daré pistas más adelante. De momento me interesa destacar un aspecto de las relaciones sociales que los entusiastas partidarios del sentido común (o sea, de la suma de lugares comunes, prejuicios y generalizaciones sin base con que mucha gente trata de conjurar el fantasma de la inseguridad) no pueden percibir: que las personas a menudo no tienen conciencia de las relaciones sociales en que están involucradas. Las funciones sociales se desempeñan y las características de una sociedad se generan con independencia de que los sujetos sean o no conscientes de ellas y de sus mecanismos causales; así, todos hemos empleado las palabras “padre” y “madre”

mucho antes de ser conscientes de la relación biológica o sociocultural que denotan. Pues bien: puedes tratar de abrir los ojos a las características objetivas de las relaciones sociales que hacen “necesario” que no toda la gente de tu edad esté en la universidad. No trato de suscitar en ti mala conciencia, sino simplemente conciencia.

Los bienes de cultura (ideas, conceptos, lenguajes y sus soportes) son bienes como cualesquiera otros. En su producción se ha consumido tiempo de trabajo humano como en la de los demás bienes. Desde niños empezamos a participar de ellos principalmente en función de la medida en que están a disposición de nuestras familias. Rezamos aquí un manojo de problemas previos que conviene abordar, aunque sea sumariamente.

Una primera serie de ellos viene dada por la existencia en la sociedad de distintas subculturas. Hay culturas populares, de tradición campesina pero también obrera, y una cultura hegemónica, habitualmente llamada cultura burguesa, la más consistente con el sistema económico-político en que vivimos, también se puede hablar de subculturas para aludir a las específicas de ciertos grupos sociales importantes: subcultura femenina, subcultura masculina, etc. Supuesta esta distinción, cuando decimos de alguien que es, por ejemplo, “inculto” lo hacemos por referencia a la (sub)cultura dominante; al hacer una afirmación así significamos que carece de bienes y valores culturales apreciados por quienes viven en la cultura burguesa; la persona de quien decimos eso, no obstante, puede estar plenamente integrada en otra subcultura, y en ésta ser “culto”. Nadie vive fuera de toda cultura. Hay culturas pobres y ricas, de todos modos: una cultura carente de alfabeto es más pobre que otra que lo tenga; sin embargo, al comparar culturas no hemos de incurrir en el error de considerar solamente sus capacidades cognitivas, pues una cultura está integrada además por su instrumental de relación con la naturaleza (cultura material, o aspecto material de la cultura) y por valores morales. Una cultura puede ser perfectamente valiosa y rica desde las dos primeras perspectivas apuntadas y ser analfabeta desde el punto de vista moral. Puedes calibrar estos aspectos –cognitivo, material, moral– de las diferentes culturas de un modo bastante plástico comparando desde este punto de vista a las naciones indias de América del Norte con los anglos que las exterminaron para crear en las tierras que ocupaban una sociedad mercantil de ganaderos y campesinos independientes.¹

La inserción de una persona en una determinada cultura e incluso en una subcultura específica, en nuestra sociedad, se realiza primariamente a través de su familia. Las familias son agregados sociales muy básicos y primarios. Tú te has insertado en una cultura (la que sea) primero a través de tu familia, cuyo trato básico con el mundo y la sociedad y cuyo conjunto de valores hacías tuyos al tiempo que aprendías a hablar y a andar. Originalmente perteneces a la clase social de tu familia. Y es a través de los bienes de cultura propios de tu familia como has aprendido a captar las diferencias culturales.

En una misma sociedad, las diferencias de cultura y las varias subculturas grupales (de clase, de nación, de sexo, etc.) se entremezclan y dan lugar a ciertas variantes. Así, entre nosotros, parte de las personas que son gitanos de nación pueden tener la misma cultura material (manejar las mismas máquinas) que quienes tienen otra nacionalidad primaria no obstante conservar una cultura moral (costumbres, valores) enteramente distinta, no compartida por los demás (y con frecuencia intolerantemente combatida).²

¹ Sobre la idea de “analfabetismo moral” puedes leer Botkin, J. W., y otros, *Aprender, horizontes sin límites, Informe al Club de Roma*, Madrid, Ed. Santillana, 1979. Por otra parte, puedes introducirte en los problemas del choque de culturas a través de la autobiografía del apache Jerónimo (el de las películas, efectivamente) recogida por un funcionario durante su cautiverio: S. M. Barret (ed.), *Jerónimo, Historia de su vida*, Barcelona, Grijalbo, 1975, traducida y anotada por M. Sacristán.

² A los gitanos españoles se les reprocha autosegregarse del resto de la sociedad (probablemente pretendiendo excusar la violencia de que son objeto). Tal autosegregación es una falsedad histórica, pues la segregación de esta etnia (procedente al parecer del actual Pakistán) ha sido la política construida para ella por las autoridades españolas. Y aún hoy carecen de validez civil las normas gitanas (de casamiento, de familia, etc.), pese a que su observancia es bastante viva entre los miembros de esta comunidad.

Por otra parte los aspectos cognitivos, materiales y morales de diferentes procedencias culturales pueden chocar vivamente en la vida real. Vascos y catalanes, por ejemplo, defienden con uñas y dientes aspectos cognitivos de su propia tradición cultural. —empezando por su base lingüística— mientras componen los grupos sociales ibéricos más penetrados y penetrables por los aspectos materiales y morales de la cultura norteamericana (la droga y la violencia, el plástico y los ordenadores). Estos choques suscitan en las gentes fenómenos de aculturación, esto es, de desidentificación con su cultura originaria global sin identificación plena con otra. La movilidad social, tanto la ascendente o descendente (cambio de clase social) como la horizontal (cambios de tipo de trabajo entre los sectores agrícolas, industrial y de servicios), tiende a suscitar lo mismo. Vives en una época en que los fenómenos de aculturación afectan a masas enormes de contemporáneos tuyos (y tal vez a ti mismo), lo que facilita que la cultura materialmente dominante refuerce su hegemonía sobre toda la sociedad incluso cuando en alguno de sus aspectos pueda ser más pobre que las culturas subalternas.

Los bienes de cultura, obviamente, no son sólo los que desde dentro de la cultura hegemónica se valoran como tales. La fábula o el canto que transmite a su hijo una madre analfabeta es un bien de cultura, y probablemente muy valioso para la educación sentimental y moral de quien lo recibe. Valores como la solidaridad y sentimientos como la piedad son bienes culturales pese a estar prácticamente ausentes de la cultura hoy hegemónica. Por otra parte, en una sociedad mercantil los valores de uso (o capacidad de satisfacción de necesidades) de los bienes de cultura tienen muy poco que ver con los precios de estos bienes (y a menudo también con sus costes). El resultado es que las gentes no pueden guiarse en sus opciones culturales por los criterios que emplean para hacerse con otros bienes. Una sociedad devoradoramente consumista tiende al autoengaño cultural; a seguir también respecto de los bienes de cultura preferencias, gustos y modas impuestos por los grandes agentes económicos. Y no sólo a propósito de la producción cultural puntual, como las obras literarias y en general estéticas, sino también respecto de la cultura material (automóvil individual, electrodomésticos...) y los modos de vida (megalópolis, alimentación química, etc.)

Acaso te estés preguntando qué tienen que ver fenómenos como el autoengaño, el choque cultural, la aculturación y la existencia de subculturas con el hecho de que no todo el mundo tenga acceso a la enseñanza superior. Y además tal vez acumules en tu cabeza preguntas y exigencias de aclaración que no puedes formularme ahora porque nuestro medio de comunicación no es precisamente un juguete japonés. Bueno; habrás de tener un poco de paciencia: no es posible explicarlo toda a la vez. Por otra parte puedes anotar esos problemas en una hoja de papel (por si quieres contestar esta carta) antes de que abordemos el asunto por otro lado.

El otro lado es el de la división social del trabajo. Nosotros no vivimos ya en sociedades en las que el trabajo necesario para mantener la vida y reproducirla estaba poco dividido en comparación con el tiempo presente; la nuestra no es una sociedad en la que cada uno, o cada pequeña unidad (familia, grupos menores) trabaja y consume el producto de su propio trabajo, o la mayor parte de él. Entre nosotros y nuestro pasado de algo parecido a monos cazadores y recolectores en pequeñas bandas familiares media muchísima historia. Hoy el trabajo —y el producto de éste— está altamente dividido en la sociedad, y mundialmente. Prácticamente nadie puede producir para el autoconsumo. En las sociedades capitalistas se produce para el mercado, y además quienes producen para él no son individuos, sino instituciones (estructuras ordenadoras de actividades de grupos de personas) característicamente modernas, las empresas, que sobre la base del intercambio de dinero por capacidad para trabajar de personas logran la producción de bienes que asumen la forma mercancía, es decir, que se pueden comprar con dinero —con una mercancía cualquiera—. Dejemos de lado las funciones del dinero y también la naturaleza explotadora del proceso (esto es, que el valor de lo producido por quienes venden su capacidad para trabajar sea superior al valor³ de los bienes que

³ El “valor”, en los intercambios de mercancías heterogéneas (incluida la capacidad para trabajar), puede medirse, según los economistas, de dos maneras equivalentes: una es la cantidad de tiempo de trabajo social medio incorporado en cada una de ellas (así, el valor de la capacidad para trabajar de una persona durante una jornada es la suma de tiempo socialmente necesario para la producción de los bienes cuyo consumo le da esa capacidad); la otra hace referencia a cantidades de una mercancía cualquiera (trigo, p. ej.) tomada como patrón.

pueden adquirir con lo percibido por esta venta y les sea enteramente ajeno). El conjunto de este proceso puede verse como una serie infinita de actos de intercambio que median la producción: hay que intercambiar para poder producir e intercambiar para poder usar lo producido. El trabajo mismo está, como cuestión previa, infinitamente dividido y parcelado. El trabajo de cada uno es una actividad parcial, insuficiente en sí misma, que ha de componerse con otras para dar lugar a bienes en forma de mercancías a través de instituciones de agregación social —empresa, mercado, estado, principalmente— y distribuirse posteriormente (aunque el proceso es continuo) hasta llegar a la satisfacción de “necesidades”.

En el modo de fraguarse la división social del trabajo incluyen factores diversos: naturales, técnicos, económico-sociales y políticos; la importancia relativa de estos factores ha sido cambiante a lo largo de la historia. Hay sin embargo dos líneas divisorias que se cruzan como coordenadas. La abscisa puede representar la división sexual del trabajo. Son numerosas las sociedades en que ciertas funciones sociales se han asignado a las personas según su sexo, como todavía tiende a ocurrir hoy. Este tema merece una consideración independiente. La ordenada puede representar la división del trabajo en trabajo intelectual y trabajo manual —o, siguiendo un criterio paralelo, en trabajo ordenante y trabajo subalterno—. Pese a que algunos sociólogos ponen un énfasis a mi modo de ver desmedido en la relativa disminución, en las sociedades industrializadas, del trabajo manual, o físico, esta línea divisoria me parece aún fundamental, y podemos atenernos a ella sabiendo que por trabajo predominantemente físico, no intelectual, hay que entender en estas sociedades materialmente muy poderosas el característicamente repetitivo y heterodirigido.

El proceso de trabajo, mediante el que nos relacionamos con la naturaleza para mantener nuestra vida, pese a estar fragmentado, es sin embargo único, en el sentido de que pese a tener aspectos o momentos de actividad física, y aspectos o momentos de actividad intelectual no puede realizarse sin cualquiera de los dos. Nuestros antepasados cazadores-recolectores no los podían separar al representarse lo que hacían. Cuando el trabajo no es ya de vida o muerte, esto es, cuando se puede trabajar hoy para satisfacer una carencia que sólo se experimentará mañana y el proceso productivo se hace más complejo, surge la posibilidad de la separación de sus distintos aspectos.

La división del trabajo en intelectual y no intelectual constituye, con la división sexual del trabajo, la gran partición determinante del tipo de trabajo que realizan las personas. Esta línea divisoria es, como verás, de la mayor importancia práctica. Pues se tiende a asignar los dos aspectos generales del trabajo a distintos grupos sociales.

Que los aspectos del proceso productivo que exigen la activación de facultades predominantemente intelectuales de las personas queden reservados para los miembros de las clases socialmente dominantes, mientras que los aspectos de ese mismo proceso que exigen la intervención de destrezas y fuerzas predominantemente físicas de las personas se asignen a los miembros de las clases subalternas no es un rasgo exclusivo de la civilización capitalista. Diversos imperios con base productiva agraria y organización social precapitalista (el antiguo Egipto, el imperio inca, la India o China hasta este siglo) se estructuraron también así. El saber astronómico y matemático que hace posible la determinación del calendario y los conocimientos hidráulicos necesarios para la práctica agrícola masiva nunca estuvieron al alcance de los campesinos, sino en manos de castas sacerdotales, mandarinatos, etc., que se los reservaban cuidadosamente (los funcionarios chinos desarrollaron un excluyente sistema de escritura cuyo mero aprendizaje duraba años).

Está claro que ningún proceso parcial de trabajo es enteramente no intelectual. Los medios de trabajo, incluso los más simples —una rueda, una hoz— son productos de la cultura material de la sociedad, y quien los maneja, aunque no sepa producirlos, introduce en su actividad elementos culturales, intelectuales. Por eso la distinción entre trabajo intelectual y no intelectual ha de verse históricamente. Muchos trabajadores manuales de hoy poseen conocimientos matemáticos y calculísticos que asombrarían a grandes matemáticos del pasado: no por ello dejamos de verles dedicados a tareas no intelectuales, a trabajos subalternos. Sin embargo está de moda suponer, como sabes, que el trabajo de todas las personas será predominantemente no intelectual en pocas generaciones con la introducción generalizada de la informática; hasta hay filósofos-publicitarios que

venden bien la ilusión. Acércate al banco más próximo y pregunta a quienes están ante las pantallas si su trabajo les parece creador o repetitivo, si es intelectual o más bien embrutecedor.

Las causas de la división del trabajo en intelectual y físico no son carencias técnicas, sino miserias sociales. No se puede esperar su desaparición hasta el fin de la era de las sociedades de clases.

Lo característico de esta separación en nuestra sociedad, lo que la diferencia de la existente en el pasado, es que el grado de fragmentación de la división del trabajo y el carácter complejo de la mediación instrumental interpuesta entre las personas y la naturaleza para la realización de la producción han suscitado un corte radical entre los aspectos prácticos y teóricos del proceso productivo. Los dos aspectos corren a cargo de personas enteramente distintas, que no pueden hablar entre sí porque están habituadas a lenguajes diferentes. El momento teórico puro del proceso se ha desgajado de las instituciones encargadas del aspecto material de la producción (empresas) y se ha trasladado en general a otras: los institutos de investigación universitarios o estatales. Ha surgido un momento intermedio entre teoría pura y práctica que es el de la investigación técnica (llamada hoy redundantemente tecnológica por la misma razón por la que los detergentes lavan más blancos); ésta tiene lugar tanto en las empresas como en los centros de investigación. Por último, el proceso material que aplica los medios técnicos (resultado de investigaciones teóricas) se desarrolla en las empresas.

Entre quienes trabajan cada uno de los momentos –material, técnico, teórico– existe una comunicación ciega. Hay comunicación objetiva, pues los diferentes momentos son interdependientes, y nada puede ser interdependiente sin algún tipo de comunicación; pero ésta no es consciente, sino meramente material, como la que hay entre los vasos comunicantes o en una red eléctrica: es sólo el traslado de las informaciones necesarias para producir por producir. Por eso es ciega: los teóricos puros tienden a ignorar los problemas técnicos y por supuesto los materiales; quienes tienen a su cargo el aspecto material del trabajo ven su aspecto teórico, que se les comunica por su incorporación en el utillaje técnico, como algo extraño, indescifrable y a menudo hostil, pues puede ser causa de males –la obsolescencia técnica, o su propio despido si lo solicita la política económica imperante en el sistema– que no pueden dominar, como la enfermedad o las catástrofes.

Poco a poco te has introducido en el mundo de las estructuras objetivas de nuestra sociedad. Aquí, más aún que en el examen de los psiquismos individuales, te será fácil percibir el carácter neurótico, desquiciado, de nuestra cultura, en que las personas nos vemos desgarradas por tensiones contradictorias. No hay en el conjunto de los procesos sociales una inteligencia o mecanismo general de ordenación o ajuste racionales; por eso es violento. Quienes realizan los aspectos materiales de la producción son condición hasta de la existencia de quienes realizan sus aspectos teóricos o técnicos. Pero pueden ser absolutamente ignorantes de éstos, y hasta hostiles a ellos.

Por rudimentarios que te parezcan tienes algunos conocimientos acerca de los procesos de reproducción de los sistemas biológicos. Ahora nos toca pensar en la reproducción de los sistemas sociales: en estructuras que subsisten y se reorganizan aunque las personas se sucedan biológicamente. Subsiste el modo de producir, el estado, las instituciones (familias, empresas), las divisiones del trabajo. Lo cual significa que el conjunto del sistema social ha de reproducirse, esto es: no basta con que se reproduzcan las personas, sino que las características e instituciones estructuradoras de la vida en sociedad se reproducen también.

La universidad en la que entras no es una institución meramente educativa, sino una institución política. No te suministrará sólo conocimientos, sino que te dará un título (lo segundo con más seguridad que lo primero, todo hay que decirlo). Desempeña una función esencial en la reproducción del sistema. Reproduce la división social del trabajo al dotar a una minoría social de personas de las cualificaciones necesarias para la realización de trabajo predominantemente intelectual⁴ mientras quedan desdotadas de esas aptitudes todas las demás.

⁴ Para ampliar el tema puedes leer “La universidad y la división del trabajo”, de M. Sacristán Luzón, en su libro *Intervenciones políticas*, Barcelona, Icaria, 1985.

Las titulaciones universitarias están protegidas por la fuerza coercitiva del estado. En esto se parecen al derecho de propiedad.⁵ Los títulos, que suelen ser considerados como un reconocimiento o certificación pública de un determinado saber, son sobre todo otra cosa: derechos de entrada a profesiones acotadas, reservadas, en las que se realiza trabajo predominantemente intelectual. Por saturado que esté el mercado de trabajo el de las profesiones tituladas lo está menos, aunque éste no es el principal privilegio de las titulaciones, que consiste en el carácter actual o potencialmente ordenante del trabajo futuro, diferenciado del carácter subalterno del trabajo del común de las gentes.

La función más destacable de los centros de enseñanza e investigación superiores consiste en proveer las condiciones necesarias para satisfacer la continuada exigencia del aparato productivo de trabajadores altamente cualificados para la teoría y la técnica.

Nos podemos formular varias preguntas.

Primera: ¿por qué la producción de capacitaciones intelectuales es pública, estatal y no se organiza en forma empresarial, de modo que quede a cargo de empresas lucrativas?. De otra manera: una sociedad mercantil parece poder producir todo bien como mercancía. Si puede convertir la enseñanza primaria en una mercancía, ¿por qué no lo hace con la enseñanza superior?

Segunda cuestión: si lo que la universidad produce son trabajadores cualificados para el trabajo intelectual, ¿qué mecanismo opera para filtrar a los miembros de las clases subalternas y dificultar su acceso a un tipo de trabajo que implica movilidad social ascendente, si esto funciona así?

En tercer lugar: ¿qué problemas plantea al sistema la masificación de la enseñanza superior en circunstancias de crisis económica?

Es un fenómeno generalizado que el estado tenga a su cargo la enseñanza superior. Habrás oído hablar de universidades privadas: las hay en Norteamérica, donde coexisten con las estatales, debido a que en ese país las desgravaciones fiscales con finalidad educativa resultaban muy útiles a los particulares; están vinculadas al sistema político de influencias; y hay también universidades confesionales, también como centros de influencia y prestigio ideológico. Pero aunque excepcionalmente existe la universidad privada, la universidad lucrativa no existe en modo alguno; desde el punto de vista del lucro la enseñanza superior es inexistente.

La razón de la financiación vía impuestos de gran parte de los costos de la enseñanza superior tiene que ver con la función que realiza. Esta es muy central en la reproducción del sistema, pues asegura las condiciones sociales generales del proceso productivo, al reproducir las formas de trabajo intelectual indispensables para él, incluso aunque en sí mismas no sean parte de ese proceso, y también porque este segmento del aparato educativo es necesario para la expansión económica. Por ello un sistema de empresarios capitalistas privados en concurrencia tiene que (como dicen los bárbaros) externalizar, hacer relativamente autónomas del mercado, aquellas funciones que son del todo imprescindibles para su subsistencia.

No es la enseñanza superior lo único sustraído a la concurrencia capitalista: el correo y en general los núcleos centrales de las comunicaciones, el sistema monetario, los aparatos represivos o de seguridad y otros aspectos que en su momento conocerás han quedado depositados en manos de una institución distinta del mercado —ya sabes que te estoy hablando del estado, históricamente anterior al mercado— aunque hubieran sido privadas alguna vez. Esta renuncia a mercantilizar ciertas actividades sirve al interés general del dominio político-social (interés que no infrecuentemente se contrapone, por paradójico que parezca, a los intereses particulares de tales o cuales beneficiarios de ese dominio).

Las relaciones entre las instituciones de educación superior y las productivas no son muy directas. Así, las variaciones en la oferta y la demanda de empleo no se traducen necesariamente en

⁵ En España esta protección tiene rango constitucional desde 1978. Vid. El Art. 36 de la constitución vigente.

variaciones del producto de la educación superior. Por otra parte, los procesos formales de instrucción no dan por sí mismos las cualificaciones específicas que las empresas demandan. En realidad, lo que el sistema productivo necesita, más que personas con formación superior muy determinada, es gente con capacidad para adquirir por sí nuevas y cambiantes aptitudes para el trabajo ordenante. Aunque por pura pereza mental se tiene a establecer una correlación entre el crecimiento económico-productivo de este siglo y la extensión de la educación superior, de hecho tal correlación no prueba que lo primero haya sido causa directa de lo segundo y descuida ciertos factores, que tienen que ver unos con las aspiraciones de las personas más que con las demandas del mercado de trabajo, y otros con necesidades de legitimación política, que complican el asunto.⁶

En cambio el sistema de filtros que tiende a distribuir la instrucción superior sólo entre las capas sociales identificadas con el sistema económico-político dominante es más fácil de entender en términos generales (que admiten excepciones, pues como sabes el expansivo orden capitalista exige cierta movilidad social, a diferencia de órdenes como el feudal o el esclavista que al no poder soportarla eran fijistas socialmente).

Las personas pertenecientes a las capas no hegemónicas de la sociedad tienen que superar dificultades de dos tipos para el acceso a la enseñanza superior.

Las unas son de tipo cultural. Quienes pertenecen a esas capas, aun cuando estén bien integrados en su propia subcultura, se hallan escasamente dotados de los bienes característicos de la cultura dominante. Desde el habla –un lenguaje familiar limitado, aprendido en la subalternidad, en el que la abstracción es inhabitual y a menudo con dificultades de expresión escrita– hasta los libros, todo es pobre en la casa del pobre. Faltan también otros bienes propios de la cultura a la que pertenece la educación superior: ciertos valores, como la competitividad feroz exigida, la comprensión y aceptación del bien real de la instrucción, o las condiciones de vida familiar que hacen materialmente posible el trabajo de estudiar, por no hablar de la habitual ausencia de compensaciones externas para quien lo realiza. La falta de desarrollo fluido de destrezas intelectuales básicas –el habla, la lectura y la escritura– dificulta la adquisición de dos capacidades culturales igualmente básicas: conciencia histórica y potencia de abstracción.

Por eso desde muy temprano las diferencias sociales son apreciables en el lenguaje de los niños. Tú ya sabes que otros muchachos de tu edad eran pobres de lenguaje hace años, y no sólo ahora, cuando el tuyo te ha permitido superar los ritos de paso a la zona superior del aprendizaje.

Los problemas de escasez cultural que acaso tú no has vivido no son pequeños. En realidad ciertas condiciones sociales (vida urbana, clase media, familia instruida) dan a ciertos jóvenes gran ventaja de salida sobre otros. Los últimos vivirán culpablemente cada insuficiencia en sus estudios porque no saben aún que son tan irresponsables de sus rasgos culturales como del color de sus ojos.

Si se superan estas dificultades quedan aún las del segundo tipo. Las inmediatamente económicas, claro. Estas no se hallan tanto como en el pasado en el coste del aprendizaje: se trata de que proseguir el trabajo de estudiar implica renunciar a otro lucrativo, a un salario que puede ser necesario para la economía del grupo familiar o representarse así en la conciencia sentimental y moral del potencial estudiante.

La renuncia a proseguir el viaje que has emprendido tú (¡maldita sea la entrometida metáfora del viaje!) encuentra motivos suficientes, bien lo sabes, en las circunstancias del medio, en ese agregado social básico que son las familias, sin necesidad de la intervención de filtros especiales. Los problemas de una familia son diferentemente soportables si hay o no escasez. Por eso el sistema de becas actúa

⁶ Hay un interesante trabajo sobre el tema, no disponible en castellano en el momento de escribir estas líneas; C. Offe, "Bildungssystem, Beschäftigungssystem und Bildungspolitik, Ansätze zu einer gesamtgesellschaftlichen Funktionsbestimmung des Bildungssystem", en H. Roth y D. Friedrich (eds.), *Bildungsforschung. Probleme. Perspektiven. Prioritäten*, Stuttgart, 1975; hay una trad. Italiana en C. Offe, *Lo Stato nel capitalismo maturo*, Milano, Etas Libri, 1977 ["Sistema educativo, sistema occupazionale e politica dell'educazione. Per una definizione della funzione sociale complessiva del sistema educativo"].

epidérmicamente, sin resolver la cuestión de las diferencias de fondo y aportando a lo sumo una levisima modificación del nivel en que se sitúa la línea divisoria, como salario familiar indirecto.

Las pruebas, exámenes, etc. no tenían en principio una función de filtro sino otra, técnico-educativa, de homogeneización de niveles medios –por otra parte muy discutible–; sin embargo, son ocasión de que se manifieste la eficacia del filtro social, y pueden ser utilizadas políticamente para esto.

La masificación de la enseñanza superior está determinada por la sucesión brusca de dos períodos económicos muy distintos: el del crecimiento económico que alcanzó su punto culminante a finales de los años sesenta y el de la crisis iniciada a principios de los setenta.

El período de crecimiento económico exigió la práctica generalización de la primera fase de la enseñanza secundaria y una ampliación notable del número de quienes accedían a su segunda fase. El proceso productivo ya no podía nutrirse de masas de personas meramente alfabetizadas. Al propio tiempo, la elevación de los niveles familiares de renta extendía la demanda de formación universitaria en sectores sociales hasta entonces sin acceso a la enseñanza superior. Esta se hizo económicamente posible para muchas personas que la valoraban como el principal bien duradero de que dotar a sus hijos.

El período de crisis no ha hecho caer ni mucho menos tan significativamente la demanda de enseñanza superior como lo elevó el de crecimiento: la ausencia de oferta de empleo convierte el no remunerado trabajo de estudiar en el más asequible para los jóvenes de las llamadas clases medias. Las instituciones educativas empiezan a desempeñar nuevas funciones sociales: la de aparcamiento de lujo, como ha dicho algún sociólogo, o válvula de seguridad del sistema sociopolítico, en una fase cargada de tensiones en la vida pública y en la privada.

Durante el período de crecimiento el estado hizo frente a la demanda social mediante una ampliación cuantitativa del parque educativo. Se construyeron nuevas universidades, facultades y escuelas y fue reclutado un ejército de profesores.

El desbordamiento de toda previsión en esa fase por una demanda de instrucción rápidamente creciente determinó que el tipo de crecimiento que el estado aceptó financiar condujera a una crisis inevitable de esas instituciones. Pues las nuevas universidades, facultades y escuelas fueron sobre todo aularios: no instalaciones educativas completas, esto es, con bibliotecas, laboratorios, salas de seminario, salas de reunión, lugares de encuentro, salas de estudio y gabinetes de trabajo para el profesorado, por no hablar de otros servicios complementarios. El aprovechamiento de los aularios existentes se intensificó al máximo, organizándose dos y hasta tres turnos de clases, lo que atestó todas las instalaciones e implicó la imposibilidad de practicar cualquier actividad docente que no fuera la llamada “lección magistral”, esto es, el monólogo impartido a centenares de alumnos a la vez. El nuevo profesorado, reclutado en una época en que los graduados encontraban con facilidad buenos empleos en el ámbito productivo, fue lanzado a una labor frenética de repetición de clases priorizada sobre su formación e investigación personales. Durante años la inseguridad en el empleo y la relativa subvaloración salarial crearon un ambiente conflictivo en la universidad, agravado por las dificultades de gobernar una institución habituada o que aspiraba a procedimientos elitistas de participación. En esos conflictos fueron utilizados no una sola vez los estudiantes, ante cuyos ojos se extendía y agrisaba la degradación de la enseñanza.

Cuando se hace manifiesto que la función objetiva de la enseñanza universitaria es, además de reproducir la instrucción superior, expendir masivamente títulos y servir de campamento al sector del ejército laboral de reserva procedente de las clases medias urbanas y de la aristocracia obrera, los poderes públicos intentan, en la crisis, recuperar el control de la situación mediante políticas reestratificadoras.

Estas políticas tratan de establecer vallados selectivos dondequiera que se consienta su implantación: de un lado se acepta la aparición de centros de enseñanza superiores privados o la privatización práctica de algunos centros públicos para quienes buscan evitar a sus retoños la contaminación

plebeya. Surgen así carísimos centros de élite social, que sin embargo resultan marginales desde el punto de vista educativo (no desde otros, por la red de relaciones que ahí se anudan entre personas de las capas socialmente dominantes). Más importantes son las políticas de implantación de *numerus clausus* y dificultades de acceso, aunque han de verse como meramente coyunturales. La estrategia de fondo va encaminada a establecer una estratificación de las titulaciones y su diversificación.

La estratificación de las titulaciones –diplomado y licenciado, principalmente, pero también entre graduados– busca varias consecuencias: limitar el tiempo de estacionamiento y reducir así la porción de los costes de la enseñanza pagados vía impuestos; reestratificar socialmente las profesiones y poner la base de la diversificación de las titulaciones. Esta, a su vez, se propone acotar ciertos sectores del mercado de trabajo de acceso libre hasta el presente. En conjunto se trata de desviar, con bajos costos económicos y de tiempo de aprendizaje, a una parte substancial de los demandantes de instrucción superior hacia ocupaciones productivas semisubalternas acotadas, con fuerte compartimentación, de modo que se creen sectores del mercado de trabajo más fácilmente administrables, y también de devolver al segmento alto de la educación superior la función que siempre tuvo de reproducción de élites.

Esta política no puede, obviamente, superar la tensión contradictoria entre un mercado de trabajo en regresión y la demanda de instrucción que la propia regresión crea, aunque facilita administrar a las personas.

Seguramente tu paso por la universidad coincidirá con la pugna del poder político por implantarla (ya que es una política compartida por varios estados europeos), y es probable que lo que de ella te afecte más de cerca sean las modificaciones de los planes de estudios.

De modo que ésta es la universidad que va a decepcionarte a poca sensibilidad que tenga. Además, cuando te adentres en ella te preguntarás si obtienes realmente con tu trabajo alguna capacitación profesional. Si te da algo. Y también, hundido en la vida académica diaria, si hay otra manera de estudiar y de hacer.

La respuesta a la primera pregunta es afirmativa, y más terrible de lo que imaginas. Si la institución universitaria es la que hay, contando con bastantes profesores competentes y desinteresados y muchos jóvenes que desean sobre todo aprender, imagina cómo serán otros lugares de trabajo: cómo serán los bancos, las grandes empresas, la judicatura, las instituciones cuyo objetivo es el lucro o aquellas que tratan de conservar la sociedad tal como es. La decepción no ha de impedirte pensar, y es un error contaminar el pensamiento de emociones.

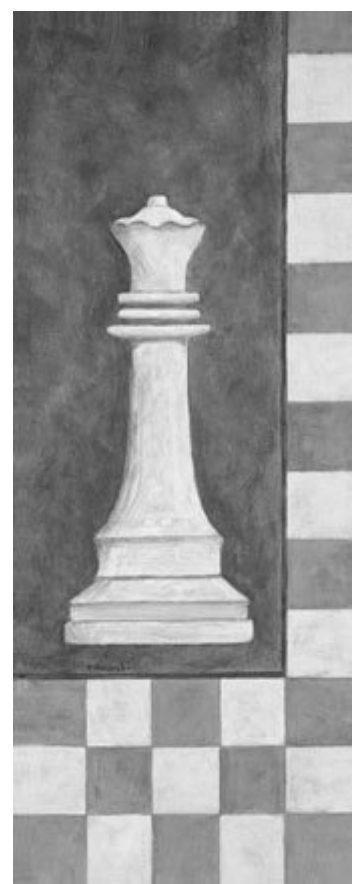
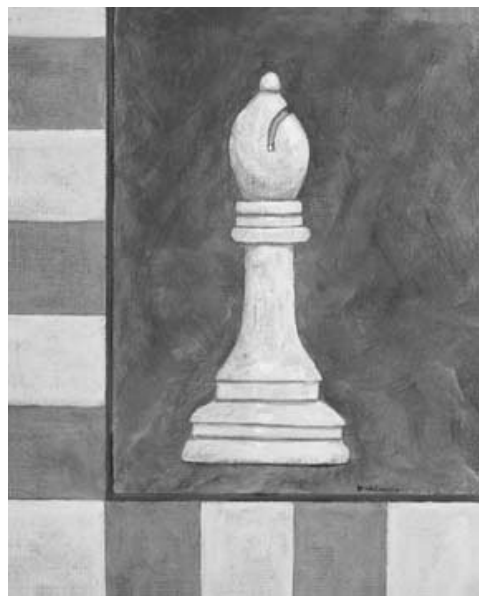
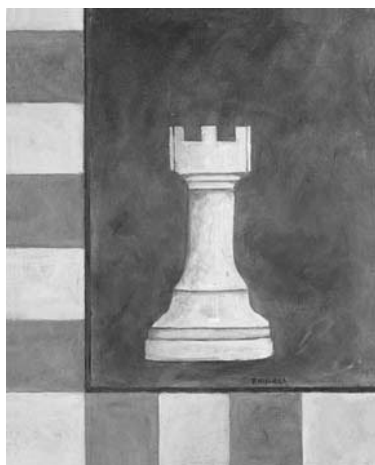
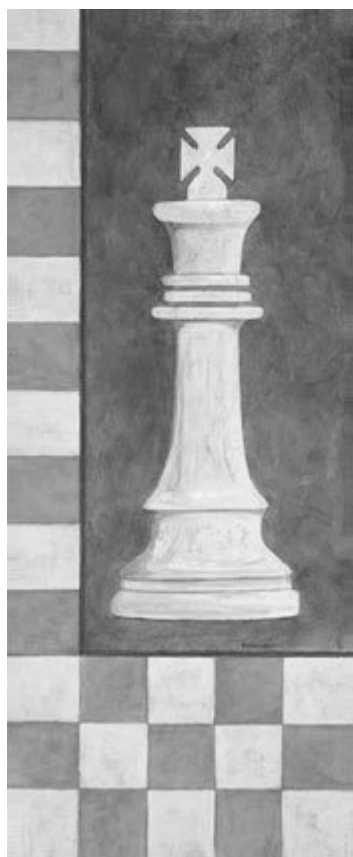
A pesar de todo la institución hará en ti cierto trabajo. Advertirás que experimentas curiosidades insólitas: aspectos del mundo social y conceptual que ignoraba desfilarán ante ti, y otros, conocidos y muy lisos, cobrarán relieve iluminados por luces distintas. Estas luces serán los puntos de vista nuevos que vas a construir o que verás en otros. En pocos meses, cuando comiences a hacerte con las dimensiones de este nivel de estudio, empezarás a trabajar. Tu lenguaje –es decir, tu pensamiento– se enriquecerá. Conocerás a otras personas que viven de distinta manera lo mismo que vives tú. Algunas de las que tratabas antes te sorprenderán: empiezas a ver o que no te entienden o, lo que es más molesto, que te escuchan en silencio (porque tú también les sorprendes: están aprendiendo de ti aunque no lo dicen). Eres el beneficiario de bienes culturales que sólo se distribuyen a una minoría de la sociedad. Tú verás qué haces con ellos; la mayoría los considera cualidades naturales tuyas, como natural consideraba su rango María Antonieta. La gente empezará a tratarte como a un estudiante de universidad, con cierta envidia, con respeto: tu lenguaje te integra en la jerarquía social. *f*

Engels ha descrito del modo siguiente la doctrina: “La concepción materialista de la historia parte del principio según el cual la producción, y con ella el intercambio de sus productos, son la base de toda ordenación social: y en toda sociedad que se presenta en la historia la distribución de los productos, y con ella la división de esa sociedad en clases o capas, se configura a tenor del modo como se produce y del modo como se intercambia lo que se produce. Consiguientemente, las causas últimas de todo cambio social y de toda revolución política tienen que buscarse no en la cabeza de los hombres, en su creciente conocimiento de la verdad y la justicia eternas, sino en las transformaciones de los modos de producción y de intercambio: no deben buscarse en la *filosofía*, sino en la *economía* de la época que se considere.”

El materialismo histórico es pues una concepción metacientífica de la historia, basada esencialmente en la decisión metodológica (metacientífica) que atribuye a la economía un papel fundamental en el conocimiento histórico, y a lo económico una función análoga en la vida histórica. Pero la doctrina se completa subrayando que el papel básico de lo económico es básico también en el sentido de no integral: es también “meramente básico”. Con esto el materialismo histórico se distingue del economicismo, reducción de todos los fenómenos a economía. Según el materialismo histórico han de admitirse como formaciones reales históricas todas aquellas que, naciendo de la base económica, cristalizan luego a otros niveles o con otras cualidades. Un ejemplo destacado de estas formaciones o fuerzas es la consciencia de la clase obrera, que con su acción puede intervenir decisivamente no ya en la vida histórica en general, sino incluso en el fundamento económico de ésta, alterando, por ejemplo, la tasa de beneficio. *f*

Manuel Sacristán Luzón, 1967.





Kenneth J. Arrow
Hans Becker Gerard Debreu
Grey D. Homan
J. Eugene
Nicholas George Rasmusen
J.M. Keynes
Roubin E. Shleifer
Karl Marx
Eskel M. Moberg
David Ricardo
Johann von Thunen
Leon Walras
Gerard Debreu
74885000
Milton Friedman
W. A. P. Person
Frank H. Knight
Walter D. Dornick
Roubin E. Shleifer
J. P. Ramsey
Paul A. Samuelson
Thorstein Bunde Veblen
Hans Becker
Grey D. Homan
J. Eugene
Nicholas George Rasmusen
J.M. Keynes
Frank H. Knight
Walter D. Dornick
Roubin E. Shleifer